

INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

PLAN.

PRIMERA CONSIDERACIÓN.—María, Madre de Dios.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.—María, madre de los hombres

Ecce mater tua.
Hé ahí tu Madre.

(JOAN., XIX, 27-)

DESPUÉS del nombre de Jesús, que hace doblar á todos la rodilla, así en el Cielo como en la tierra y en el infierno, el nombre más querido es el de María. El cristiano no pronuncia jamás este nombre sin sentir en su alma trasportes de gratitud y de amor. Si alguna vez nos obliga nuestro ministerio á pronunciar discursos penosos para reanimar el entibiado fervor de los cristianos, recordándoles los terribles dogmas de la eternidad y de la justicia divina, sírvenos de lenitivo y de consuelo la agradable tarea de predicar las glorias de María, esa Virgen inmaculada, bendecida por todas las generaciones, esa Madre de Dios y de los hombres al mismo tiempo, coronada de poder y de honor, llena de gracias y de misericordia.

PRIMERA CONSIDERACIÓN.

MARÍA, MADRE DE DIOS.

Hé aquí las bases fundamentales del culto de María. Todos sabemos que no hay más que un solo Dios, Señor de la vida y de la muerte; y sabemos también que El se complace en glorificar á sus criaturas, y que exige que se las reverencie, á proporción que El mismo las honra. De aquí nace el sagrado deber de tributar culto á las potestades que El ha cubierto con su autoridad. Así, pues, honramos á los Angeles, que son los ejecutores de la voluntad divina; honramos á los Santos, que son los amigos de Dios; y estos homenajes que les tributamos refluyen sobre Aquel que con su gracia los ha hecho triunfar del mundo, del infierno y de sí mismos, coronándolos para siempre en el Cielo. Si un soberano prohíbe á sus súbditos tomar el título de rey y hacerse tributar los honores debidos sólo á esta condición sublime,

¿deduciremos de aquí que el monarca no quiere que se respete á sus magistrados y que permite insultar á sus amigos? Pues lo mismo sucede con el Soberano inmortal de Cielo y tierra. El guarda para sí la gloria que á El solo pertenece: *Gloriam eam alteri non dabo*; pero no prohíbe tributar á los Angeles y á los Santos un culto inferior, y por decirlo así, subordinado, cuando El mismo lo sanciona con maravillas: *Mirabilis Deus in Sanctis suis*. Ante Aquel que ha creado los mundos, todos aquellos no son más que mediadores y suplicantes; pero brilla sobre todos la que con razón es llamada Reina de todos los Santos. Y si éstos tienen derecho á nuestros homenajes, ¿con qué razón no se tributarán á la que fué elegida para ser Madre del Hombre-Dios, á la que le llevó en su seno, á la que le alimentó durante su infancia, y le vió sometido á su voluntad materna?

Si los enemigos del culto de la Santísima Virgen quieren textos sagrados en apoyo de nuestra devoción, los aduciremos; que afortunadamente no faltan. Dios ha diseminado en las Sagradas Escrituras profecías y símbolos, que tienden todos á exaltar las glorias de María. Cuando Adán y Eva cometieron la primera falta, que había de manchar todas las generaciones futuras, Dios los castigó; pero no les quitó toda esperanza, sinó que, mostrándoles en un porvenir remoto un Libertador, dijo á la serpiente: «Porque has introducido el pecado, valiéndote de una mujer; porque la has engañado, crees haber vencido: yo renovaré la guerra entre ti y otra mujer, y ella aplastará tu cabeza.» Hé aquí, M. A. H., una promesa solemne salida de los labios de Dios, promesa que es el fundamento del Cristianismo, porque en ella se mostró al hombre caído y rehabilitado, y en medio de aquella promesa espléndida, se presentó ya María al género humano como vencedora de la serpiente infernal. ¿Puede haber nada más claro ni terminante? ¿Se puede prescindir de la Santísima Virgen al hablar de Jesucristo? La primera frase de la Biblia, que anuncia un Salvador, nos anuncia también á María. Así como Eva fué la primera en el ataque en que sucumbió el hombre, María lo fué también en la lucha en que el infierno quedó vencido. Este oráculo, conservado con alegría entre nuestros infortunados padres, se trasmitió de generación en generación por espacio de cuarenta siglos, y todos los pueblos han esperado á esta Virgen Madre que llevaría en su seno la salvación del mundo. Los hijos de Jacob suspiraban por esa Estrella que sobre ellos debía levantarse; la contemplaban de lejos, y la saludaban con la alegría de la esperanza: *A longe aspicientes et salutantes*. Véase representada siempre por imágenes bellísimas: ya por un vástago cargado de divinas flores; ya por un terreno fecundado por el Cielo, donde germinaba un Salvador. ¿Queréis una profecía más palpable aún que todos estos símbolos? Héla aquí. El pueblo judío estaba próximo á caer bajo los golpes de sus enemigos; Dios quiso darle una prueba auténtica de su protección, y le dijo: «Una Virgen concebirá y parirá un hijo, que será llamado Dios con vosotros.» María fué también prometida á ellos en otros términos bastante claros. Pero ¿á qué buscar

más pruebas en el Antiguo Testamento? Al anunciarnos el Evangelio que el Verbo se hizo carne y nació de María, ¿no ha resumido, con sólo la expresión de este dogma infalible, todas las grandezas de Nuestra Señora? También nuestros Doctores católicos exclaman «que ser Madre de Dios es adquirir la dignidad más elevada que Dios mismo puede conceder á una pura criatura.» Luego esta dignidad eminente legitima todos los nombres, todas las prerogativas y todos los milagros que la Iglesia reconoce en honra y gloria de la Santísima Virgen.

Santa Catalina de Sena decía: «Si pudiéramos contemplar un alma en estado de gracia, nos encantaría el verla sobrepasar en belleza á todas las flores, á todos los astros, á todo el universo; y apenas se encontraría una persona que no quisiera morir por semejante belleza.» Ahora bien: si la gracia santificante hace brillar en nosotros tan vivos resplandores, ¿cuáles serán los encantos y la magnificencia del alma de María? Ella fué concebida sin la mancha del pecado original; y Dios que encuentra manchas hasta en la blancura de sus Angeles, no descubre ninguna en su corazón inmaculado. Tú eres toda bella, ¡oh amada mía! y mancha no hay en ti. Su nacimiento fué el principio de una alegría universal, *Nativitas tua gaudium annuntiavit in universo mundo*. Ella creció á la sombra del santuario, y consagró su alma al amor más vivo é impetuoso que ha ardido jamás en ningún corazón: *Fluminis impetus lætificat civitatem Dei*. Las amarguras, los sacrificios ignorados, las virtudes apacibles y ocultas fueron el alimento diario de su fervor. Al fin sonó la hora de la redención en la eternidad, y un Angel bajó de los Cielos á una humilde cabaña de Nazareth, y se presentó ante una pobre virgen, que temblaba sólo á su aspecto. «Dios te salve, la dijo, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres... Tú concebirás en tu seno y parirás un hijo á quien pondrás por nombre Jesús; éste crecerá, y será llamado el Hijo del Altísimo.» ¡Cosa admirable! Un embajador del Omnipotente baja á tratar con una humilde doncella del gran misterio de la Encarnación! ¿Por qué extrañar que imploremos su asistencia, si el mismo Dios nos ha dado el ejemplo? Cuando se trata de la salvación del mundo, solicita el Señor el consentimiento de la Virgen de Nazareth. Luego si le dió una parte tan grande en su obra, cuando gemía aún en este valle de lágrimas, ¿qué parte no tendrá ahora que reina sobre un trono de gracia y de misericordia? ¿Quién fué el primero que empezó á honrar á esta Virgen sin mancha? ¿Fué acaso algún moribundo, ya á las puertas de la muerte, ó alguna débil mujer arrastrada por la sencillez de su corazón? ¿Fué siquiera un Apóstol de Jesucristo, ó algún profeta inspirado por el Espíritu Santo? Fué mucho más que todo ésto; fué un habitante de la mansión celestial, una de esas inteligencias purísimas que contemplan á Dios cara á cara, un jefe poderoso de la milicia celeste, que vino en nombre de la Santísima y adorabilísima Trinidad á cantar sus alabanzas y á dirigirla una salutación respetuosa. ¿Qué son

todos nuestros elogios sinó un pálido comentario de las palabras de Gabriel? El Señor, que nos manda honrar la memoria de los justos, que glorifica á sus Santos en presencia de pueblos y de reyes, ¿podrá tomar por ofensa que se bendigan las entrañas que lo han abrigado y el seno que ha servido para alimentarle? Treinta años de la vida de Jesús están comprendidos en estas solas palabras: «Estuvo sometido á ella.» Permitidme, M. A. H., que ponga más de relieve mi pensamiento.

Supongamos que en esta población existe un jóven pobre, pero honrado y laborioso, y que vive aislado y solitario, sin tener más compañía que la de su madre. Ambos tienen por abrigo un miserable taller; él gana el pan cotidiano con el sudor de su frente, y cifra su ventura en amar á su madre, en vivir sometido á ella y en verla sonreír, para alentarle en su trabajo. Por uno de esos hechos misteriosos que el mundo llama casualidad, y nosotros los cristianos Providencia, este jóven artesano un día oye llamar á la puerta de su cabaña; abre, y se encuentra con los magnates de un pueblo que lo han elegido por su rey, que le ciñen una esplendente corona y que le conducen desde su choza humilde nada menos que á un trono. Al verse rodeado de su corte y de todas las magnificencias de la tierra, relega á su madre á lo más oculto de su palacio, no permite que se le hable de ella, y hasta castiga con una prisión al temerario que se atreva siquiera á saludarla. ¿Hay, H. M., una expresión bastante enérgica para calificar los miserables celos de este advenedizo? La aplicación de la parábola es bien fácil de hacer. Jesús vivía en el mundo en el taller de un carpintero; amaba mucho á su Madre y pasó treinta años de su vida, que todos pueden resumirse en estas palabras: *Estuvo sometido á ella*. Y ahora, después que del sepulcro se remontó á los Cielos, ¿sería justo que desdeñara á su Madre, que prohibiera dirigirle algunas palabras y castigara con un eterno suplicio el crimen de repetirle la salutación angélica? Nó, mi Señor y mi Dios; Vos que habéis dicho: «Honra á tu padre y á tu madre y vivirás mucho tiempo;» no podéis despreciar á la que fué vuestra Madre en el mundo. Vos que dijisteis: «Ni un vaso de agua quedará sin recompensa,» no podéis menos de glorificar á la que os dió, no un vaso de agua, sinó todo vuestro cuerpo formado de su sangre virginal. Vos sois siempre el Soberano Señor de todo cuanto existe, y María no tiene sobre Vos el poder de una madre, porque al fin es una criatura; pero una criatura que os engendró y os llevó en su seno y que es hoy la Omnipotencia que suplica, que ruega; es la Omnipotencia de la intercesión: *Omnipotencia supplex*. Ella está gloriosamente colocada, como una Reina, á la diestra de su Hijo: *Astitit regina a dextris tuis*; tiene por vestidura el sol, una corona de doce estrellas en la cabeza, y á sus pies la luna por alfombra: *Amicta sole... in capite ejus corona stellarum duodecim... luna sub pedibus ejus*.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.

MARÍA, MADRE DE LOS HOMBRES.

María, conservando la gloria de su virginidad, ha derramado en el mundo la luz eterna: *Lumen æternum mundo effudit*. La Madre de Dios es también la Reina del Cielo; y si los Angeles la tienen por Reina, nosotros la tenemos por Madre. Fácilmente se comprende su primer título, porque la Iglesia lo ha consagrado de una manera solemne; pero el de Madre de los hombres está fundado en un sentimiento instintivo de la piedad católica, sin embargo de que pueden darse razones para apoyar esta creencia. El hombre ejerce en el mundo un grande imperio, porque es fuerte; la mujer, por el contrario, si reina, es por su propia debilidad; si impone, es por su mismo pudor. Colocada en la familia entre el hombre y el niño, entre el padre y el hijo, participa de la naturaleza y de la condición de entrambos: tiene algo del padre, porque como él y con él gobierna y dirige á sus hijos; tiene algo del hijo, porque como él está sometida al padre y le obedece. Ella es la Mediadora, el centro, el vínculo de la sociedad doméstica; ella reúne los elementos más apartados y forma ese todo que llamamos familia. Al padre es á quien corresponde proveer, como una providencia, á las necesidades generales, pero estas necesidades no pueden ser comprendidas sinó por la ternura maternal. La obligación de la madre es formar para la confianza el tierno corazón de su hijo, y plegar al amor el corazón independiente del padre. Ella está en la familia para templar los caprichos de la dominación, y toma su parte en sus amarguras y en sus lágrimas, como la tiene en sus goces y en sus placeres. Mientras que el hombre vela por su defensa, ella vela por su felicidad, y ha recibido de Dios medios suficientes para cumplir con su dulce y suave ministerio. La energía del sentimiento suple en la mujer lo que le falta de fuerza de inteligencia; comprende menos, pero siente mucho más: las penas, los dolores, las amarguras, los largos insomnios, nada de esto acobarda al amor maternal, que nunca se cansa. Queriendo Dios expresar, por medio de una comparación, la fuerza de su caridad, dice: «Aun cuando una madre olvide á su hijo, yo tampoco os olvidaré.» Ella es la que reúne la fuerza y la debilidad en un mismo afecto. Si el hijo comete una falta, el rostro severo del padre le amenaza con un castigo; entonces no se atreve á acercarse á él y acude tímidamente al lado de su madre, haciéndole dulces promesas; la madre interpone su mediación, y el hijo es al fin perdonado.

¡Cuán bella y noble es la misión de una madre cristiana! Su corazón puede derramar en las tiernas almas de sus hijos el dulce alimen-

to de las cristianas virtudes y hacerle crecer en el honor y en el cumplimiento de sus deberes. La ausencia de esta autoridad se advierte sobre todo en los pobres huérfanos; por más que hayan vivido bajo la tutela del mejor de los padres, sin embargo, no están satisfechos de la vida, porque les falta el apoyo más natural para recorrer esta senda de lágrimas. Sí: ese Dios, lleno de bondad y misericordia, que en el orden temporal ha querido que cada hombre tuviese en su madre una conciliadora y una prenda de confianza y de amor para con su padre terrenal; ese Dios que nos ha dado una redención abundante: *Copiosa apud eum redemptio*, no podía dejarnos en nuestras necesidades espirituales, sin los socorros y la asistencia de una Madre celestial. Desde la caída de nuestro padre común, tenemos miedo de Dios: su santidad causa espanto á nuestras miserias; y aunque le vemos pequeño Niño en el portal de Belén, con su llanto y su dulce sonrisa, aunque le consideramos velado por las especies de la Eucaristía, llamando á sí á todo el que sufre: «Venid á mí todos los que estáis afligidos y yo os consolaré;» no por eso deja de ser el Juez supremo é inexorable, que en el día de la Justicia ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos. La divinidad de Jesucristo nos llena de espanto; la venida de Dios, como Juez, despierta en nosotros un eco de aquel terror de Adán culpable, cuando decía: *Audivi vocem tuam, et timui*: «oí tu voz y tuve miedo.» Pero el Salvador es un Pontífice que sabe compadecerse de nuestras flaquezas, y para alentar nuestra confianza, ha colocado entre él y nosotros una Madre de misericordia. Se ha dicho, hablando del sacrificio de Abraham, que Dios no lo hubiera exigido á una madre. Sin embargo, ved cómo lo exigió á María.

El Hijo del Dios vivo, el esplendor de la luz eterna, es enclavado en una cruz, sus pies y sus manos son taladrados por los clavos, y su cabeza es coronada de espinas; mientras que los hombres á quienes El ha alimentado le abandonan temblando, se alejan y se ocultan, algunas mujeres piadosas permanecen fieles á Jesucristo: aquellas almas afectuosas no se avergüenzan de participar de la ignominia de la cruz, ni de manifestar públicamente su adhesión más viva al Crucificado. Ellas condenan desde luego y anticipadamente la cobardía de esos cristianos, sólo de nombre, que reniegan de Dios por miserables respetos humanos. Entre aquellas mujeres, alpié mismo de la cruz, se encuentra su Santísima y Adorabilísima Madre; en medio de su dolorosa agonía, ella debe recoger en su alma las palabras que salen de sus labios, y caen sobre ella las gotas de sangre que derraman sus heridas. Sobre el Calvario hay dos altares; la cruz del Salvador y el corazón de María; ámbos pueden exclamar: «¡Oh vosotros que atravesáis por el camino, atended y mirad si hay dolor semejante á mi dolor! *O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus!*» Junto á ellas está San Juan, el discípulo amado del Señor, aquel confidente que reclinó su cabeza sobre el pecho de su Maestro, y sacó de él los secretos misteriosos de la caridad. Jesús les dirige su última mirada; y como no quería dejar

huérfanos á los que más amaba en el mundo, dijo alternativamente á María y á Juan: «Mujer, hé ahí tu hijo. Discípulo, hé ahí tu Madre.» Desde entónces María fué dada por Madre á todos los hombres, y éstos á ella por hijos. Ella nos adoptó en medio de sus lágrimas, y bien hubiera querido ocupar mil veces el lugar de Jesús, si una víctima humana pudiera satisfacer la justicia divina. Los tormentos que allí sufrió merecen muy bien que se la dé el título de Reina de los mártires; y gracias á aquel grande infortunio, la tenemos por Madre nuestra que nunca nos olvidará. Desde aquel día, todos los fieles han tenido hacia ella un afecto verdaderamente filial y una confianza tan completa como puede ser la de un niño, extendiéndose por todo el orbe católico el sentimiento universal, unánime y profundo de la dulce y santa devoción á María. El protestantismo, extraño á las necesidades de nuestro corazón, nada comprende de nuestro culto ni de nuestra devoción á la Santísima Virgen. No obstante, entre nosotros tiene, bajo diferentes advocaciones, uno ó más altares en cada templo, y allí es donde van á rogar diariamente las almas piadosas, las almas que sufren, las que luchan y hasta las que han pecado, porque allí experimentan indecibles emociones al repetir esta dulce plegaria: «Consuelo de los afligidos, refugio de los pecadores, salud de los enfermos, auxilio de los cristianos, ruega por nosotros.» Ya que tenemos, H. M., una Madre en el Cielo, invoquémosla con entera confianza, sobre todo en los instantes de amargura ó de debilidad; la Madre de misericordia acude con preferencia á los que gimen y lloran en este valle de lágrimas. ¿Quién de nosotros dejará de llevar su corazón á los pies de Jesús? ¿Quién no tendrá algún sacrificio que ofrecerle, alguna pasión que vencer, algún afecto que purificar? ¡Oh madres cristianas! Llevad al Señor vuestros amados hijos; y vosotros, hijos cristianos, consagrale la flor de vuestra vida; vosotros todos ¡oh jóvenes! combatid bajo la salvaguardia omnipotente de quien supo triunfar del infierno; y vosotros también, pecadores, llevad á Jesucristo, con entera confianza, los amortiguados restos de vuestra extinguida virtud, que El los reanimará. Si son indignos del Señor nuestros holocaustos, hacedlos vos agradables á sus ojos ¡oh Rosa mística! y después de nuestro destierro mostradnos á Jesús ¡oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María, Madre y Señora nuestra! *O clemens, o pia, o dulcis Virgo María!* Amén.

MERMILLOT (A. de Ginebra.)

DISCURSO

PARA EL DÍA 31 DE MAYO.

PERSEVERANCIA EN LA PRÁCTICA DE LAS VIRTUDES DE MARÍA.

PLAN.

PUNTO PRIMERO. — Perseverancia en la práctica de las virtudes de María.

SUBDIVISIONES. — 1. Pureza. — 2. Caridad. — 3. Humildad. — 4. Presencia de Dios y vida interior.

PUNTO SEGUNDO. — Medios para perseverar en estas virtudes y en el culto de María.

SUBDIVISIONES. — 1. Primer medio. — 2. Segundo medio. — 3. Tercer medio. — 4. Cuarto medio.

Laudatio ejus manet in seculum seculi.
Los loores del Señor se perpetuarán por los siglos de los siglos.

(Ps., cx, 10.)

EN los discursos que se han pronunciado en este santo templo durante el mes de María, todos los predicadores han puesto grande esmero en exponer detalladamente los principales misterios de la vida de María Santísima, Nuestra Señora y Madre de Jesucristo. Dulce cosa es para mí pensar que habéis bendecido mil veces al Dios de las virtudes con ocasión de las pláticas que tan atentamente escuchasteis, y de los devotos ejercicios que con tanta asiduidad habéis practicado; que habéis bendecido á Dios, decía, porque previno con la nativa santidad á esta Real Hija de David, y porque la coronó desde su Concepción con la auréola de los Angeles. Al poner hoy término á la serie, no larga, de nuestras piadosas instrucciones en honor y gloria de la inmaculada Virgen, sólo me resta exhortaros, A. H. M., á que no inutilicéis la divina gracia que se os ha comunicado por la mediación de María Santísima, sinó que la hagáis fructificar en vuestra alma, perseverando en la constante imitación de las sublimes virtudes de nuestra Santísima Madre, principalmente: 1.º Su pureza. 2.º Su caridad. 3.º Su humildad. 4.º Su gusto por la vida interior.

AVE MARÍA.